

SANDRA RUSSO

La Cámpora por dentro

# FUERZA PROPIA

Cómo surgió y hacia dónde va la agrupación  
que se ubica en el corazón del kirchnerismo



DEBATE

Sandra Russo

## **Fuerza propia**

La Cámpora por dentro

Debate

*A Néstor Kirchner*

## Agradecimientos

A Werner Pertot, por la realización de algunas de las entrevistas.

A los militantes de La Cámpora y de Unidos y Organizados que participaron en la producción de este libro.

## Prólogo

Fue en 2008 cuando me enteré, como tanta otra gente, de que había una agrupación de jóvenes llamada La Cámpora. Durante el conflicto por la 125. Ya entonces registré, aunque vagamente, que no era una agrupación “que apoyaba” al gobierno de Cristina Kirchner, sino que eran, de cuajo, kirchneristas. Esa identidad política, enunciada de ese modo, emergió precisamente ese año, y no sólo entre los jóvenes. Aquella primera reacción salvaje de los poderes fácticos fue un cachetazo. Mientras la Mesa de Enlace y los grandes medios propalaban su náusea y se aferraban al modelo agroexportador, paradójicamente provocaron un pujo inesperado. Muchos ciudadanos que habían apoyado discretamente el gobierno de Néstor Kirchner y seguían haciéndolo con el de Cristina Fernández se sintieron interpelados por el conflicto con las patronales agropecuarias y dieron el salto al kirchnerismo como la fuerza política que los expresaba y de la que formaban parte.

Tal como lo dije y escribí muchas veces, a mí me pasó eso. Tengo más de cincuenta años y alguna vez ubiqué a mi propia generación entre la de los desaparecidos y la de los chicos de la guerra de Malvinas. Unos podrían haber sido hermanos mayores, los otros hermanos menores. En el medio, hubo silencio y desesperanza. En los mejores casos, hubo ironía. En los peores, cinismo. La palabra “ideales” quedó marcada a fuego como una antigüedad ligada a los “imberbes”. Quedó, también, teñida de sangre. Y en todos esos años en los que si uno vivía sin ideales sentía que no le faltaba nada importante, mi generación creció, maduró, hizo familia, llegó a la mediana edad, y aprendió subrepticamente a sobrellevar la argentinidad como un defecto de fábrica. Durante toda nuestra vida algo hizo ruido, falso contacto entre la Argentina y muchos argentinos en-

tre los que me cuento. Naturalizamos como "lo argentino" el festival de dislates que propició el poder, primero el de la dictadura y después el de la democracia. La democracia, por la que tanto salimos a la calle, resultó boba, casi un sketch televisivo, una coreografía de señores con traje que se alternaron para hacer lo mismo. El impulso primaveral del alfonsinismo fue abortado demasiado pronto por las "Felices Pascuas" y la posterior desestabilización que terminó en un golpe de mercado.

Cuando yo tenía treinta y cinco años, que es la edad promedio de la generación que conduce La Cámpora, estalló Río Tercero. Ya en los 90, este país parecía inmovible: hubo sublevaciones militares, especulación financiera, destripe del Estado, funcionarias a cargo de Medio Ambiente posando en abrigos de piel, sobresueldos, Día del Niño no Nacido, orgullosas relaciones carnales con Estados Unidos y el FMI. De modo que la realización, para mi generación, fue personal.

Quizá uno de los mayores legados que le reconozco y le agradezco a Néstor Kirchner fue habernos dado la oportunidad de retomar algo trunco adentro nuestro. Y lo hizo posible dándole cauce a esa conmoción interna que nos vincula con los otros, con lo público y lo político: trajo a la superficie y puso en el primer plano de la conciencia de millones de personas la idea de vivir intensamente según sus convicciones. Hoy no hablamos de ideales, hablamos de convicciones, y es mejor, porque los ideales siempre quedan un poco más arriba de las propias posibilidades, pero todos podemos tomar la decisión de vivir de acuerdo con nuestras convicciones.

En 2008, sentí con mucha claridad que mis propias ideas, las de toda la vida, me empujaban a hacer explícita mi pertenencia política. Era éste el modelo de país que me parecía que valía la pena, el que se integraba a una región por primera vez orgullosa de sí. Y era muy claro que si los que teníamos las convicciones despiertas no las hacíamos explícitas, este modelo era un bocado que se habrían de engullir los peces gordos. En 2008 estuvo clara la puja de poder. Los que cercaban al gobierno eran los que habían pergeñado la Ar-

gentina que me daba vergüenza. No hubo duda, no hubo reticencia en el apoyo, aunque sé perfectamente que esto último choca de frente con la idea de "pensamiento crítico". Pero creo que cuando uno ha aprendido a pensar críticamente, y se integra a un proyecto colectivo, de ninguna manera renuncia a esa manera de pensar. Por el contrario, la expande. Sumarse a ese proyecto es el resultado claro de una lectura crítica de nuestros doscientos años de historia, nuestras derrotas y nuestros errores. La identidad política no es una obligación, es un derecho.

Masivamente, desde 2008, y no antes, amasado por la acción de gobierno y la interpretación que esos sectores le fueron dando al rumbo político, surgió también en la conciencia colectiva lo que hoy se llama "proyecto nacional y popular". Esto es, a trazos gruesos, un modelo de país inclusivo, desendeudado externamente, política y económicamente soberano, dispuesto a saldar la deuda interna con los sectores populares, gestor de un Estado activo en los sectores estratégicos, portador de una autoestima que haría completamente impensable, por concepción ideológica, aquella propaganda de la dictadura en la que se instaba a no comprar nada de industria nacional, y se mostraba cómo las sillas argentinas se rompían al sentarse. Los argentinos éramos antes como esas sillas: nos creíamos de mala calidad.

La Cámpora es un síntoma, una herramienta, una construcción política al servicio de ese proyecto, que no nace de un acuerdo entre cúpulas partidarias sino de las bases de una sociedad que volvió a abrazar la política después del largo paréntesis de la antipolítica de los 90.

En 2008 recorrí las carpas que ocupaban la Plaza del Congreso y vi a algunos de esos militantes. Distinguí ya entonces varias caras que me eran personalmente conocidas. Eran algunos ex alumnos de mi taller de texto breve. Tuve una idea aproximada de qué tipo de jóvenes, con qué ideas en la cabeza, estaban sintiéndose convocados a esa agrupación de banderas blancas y celestes, con un toque de amarillo. Los colores de la bandera argentina, pero agitados.

“Entonces, en 2008, los relatos sobre La Cámpora se multiplicaron, y fuimos muchas cosas. Entre ellas, los hijos del poder”, dirá Máximo Kirchner, que desde 2004, junto a un pequeño grupo de jóvenes militantes santacruceños, se abocó al armado de una “orgánica nacional de la juventud”, según la línea que bajaba Néstor Kirchner. Nenes de mamá, oportunistas, avivados en busca de cargos en el Estado, intoxicadores de adolescentes, en fin, todos esos relatos descalificadores tuvieron su campo fértil en los grandes medios y en boca de opositores. Tanta es la avidez mediática por impugnarlos, y tanta ha sido la velocidad con la que La Cámpora ha crecido en todo el país, que uno no puede dejar de asociar una y otra cosa: la politización de la juventud, especialmente la de las nuevas generaciones —chicos y chicas entre diez y quince años menores que los integrantes de la Mesa Nacional de La Cámpora—, indica por un lado que el proyecto político al que se integran los expresa y, por el otro, que esa otra herramienta política que gozó de impunidad durante décadas, los grandes medios de comunicación, se desgastó. Pese a las descalificaciones, la agrupación no deja de crecer.

La Cámpora es una agrupación bastante hermética, como lo han sido a su vez otras agrupaciones que se disolvieron para integrarla. Podría decirse que confluyen en ella tres tipos de militantes que por su procedencia y sus historias sienten aversión por la videopolítica, lo que ella implicó en los 90 e implica todavía en un país en el que la oposición sigue apostando en casi todos los casos a construir pura imagen: los que provienen de los organismos de derechos humanos, los que militaron durante la década del 90 en agrupaciones universitarias, y los que lo hicieron en agrupaciones territoriales. Hasta 2003, éstos fueron sectores marginales de la política. Sectores con una clara conciencia de cómo y al servicio de quiénes funcionaban los grandes medios.

Este libro llevó más de dos años de trabajo y espera. Cuando en abril de 2012 fui al estadio de Vélez, al acto que se relata en el primer capítulo y en el que fue lanzada la consigna de Unidos y Organizados, tenía unos cuantos capítulos bosquejados, una decena de



entrevistas hechas y una perspectiva. Cuando reconstruí la década del 90, a través de testimonios de militantes populares diez años mayores que los miembros más antiguos de La Cámpora, pude conectar —porque eran ellos mismos los que se habían conectado— los hilos de resistencia a la antipolítica y el neoliberalismo, que se mantuvieron tensos en los barrios, en las universidades y en los organismos de derechos humanos, en esa larga década cuya lógica inauguró la dictadura en 1976. Pero fue en Vélez donde tuve la conciencia vertiginosa de este proceso político: fue allí que La Cámpora dejó de ser una agrupación más, la más cristinista, para ser la articuladora de un espacio político nuevo, y que la supera. Unidos y Organizados tomó volumen en La Plata, en abril de 2013, con las inundaciones. El multitudinario operativo solidario que unió a miles de jóvenes de distintas agrupaciones y a miembros de fuerzas de seguridad no tiene antecedentes históricos.

“El único héroe válido es el héroe colectivo” fue la frase de El Eternauta, de Héctor Oesterheld, que tomó para sí el Néstornauta, el icono que La Cámpora puso en el paisaje: aquel vecino de Vicente López que junto con sus amigos se organizaba para resistir una invasión y una nevada tóxica, y salía protegido con un traje que parecía espacial pero que estaba hecho con el hule y el plástico que había en la casa, se volvió estandarte. Probablemente sea ése el eje duro, decisivo, que transmite y consolida la concepción política a la que adhieren sin distinción todas las agrupaciones que forman parte de Unidos y Organizados. Es algo anterior a todas ellas, una noción de sí y de los otros incluso prepolítica. La percepción de uno inmerso en lo colectivo es el punto en el que, probablemente, el cambio de paradigma se haga más profundo. Toca lo subjetivo. Entre ser uno solo, individuado, y ser uno con otros, hay un salto.

El mismo día que empezó a llover en La Plata, en un acto por Malvinas, la Presidenta lanzó la idea de que “La Patria es el Otro”. Ése resultó el concepto de base de todo el trabajo solidario que había empezado mucho antes y siguió después de las inundaciones, hasta hoy.

La Patria es el Otro. Es algo que se dice fácil y se vive con obstáculos internos y externos. Del individuo escéptico y recortado sobre sí de los 90, del joven publicitario o a lo sumo referenciado en una tribu urbana que promovía el neoliberalismo, se pasa a otro tipo de sujeto, que vuelve a pensarse colectivamente, y en consecuencia actúa políticamente. Es un cambio lento, para el que probablemente ya vengan mejor preparados los más jóvenes. Los mayores, los que conducen, tuvieron que desandar creencias y sobreponerse a las inercias de su propia generación. El cambio subjetivo incluye hasta la forma que adquiere internamente, para cada uno, su identidad política. A trazo grueso, como se verá, muchos de los jóvenes que se acercaron a la militancia desde 2008 usan como sinónimos las palabras peronismo y kirchnerismo. Muchos otros no, y han debido elaborar la escena política argentina contemporánea para posicionarse dentro del kirchnerismo y reivindicarlo como una actualización peronista.

En mi libro anterior, *La Presidenta*, Cristina Fernández describió la escena desestabilizadora de 2008. Desde entonces, aquel “ánimo destituyente” ha tomado cuerpo, visibilidad e impudor. No es un secreto para nadie que hubo y hay operaciones desestabilizadoras, que se hicieron más fuertes a medida que lo que era un gobierno sucedido por otro del mismo signo se convirtió en un proyecto político así comprendido y así defendido por los sectores que lo eligieron en elecciones libres. Ese proyecto ha encontrado en los jóvenes la fuerza propia en la que la Presidenta puede confiar para extenderlo hacia el futuro más allá de un vaivén electoral. La fe en la juventud forma parte sustancial de la concepción política de la que habló Néstor Kirchner durante todo su mandato, esa fe marcó a su propia generación.

Máximo Kirchner, el hijo de Néstor y Cristina Kirchner, el mentor de La Cámpora, hasta ahora no había hablado. Fue difícil llegar a él, pese a que, tratándose de una organización con disciplina interna y marcada por ese sesgo colectivo que evita las exposiciones personales, fue también su visto bueno el que permitió que accedieran a

las entrevistas los miembros de la Mesa Nacional y sus militantes. A Máximo no le faltaba voluntad, me mandaba a decir, pero sí tiempo. Después fui entendiendo que “la falta de tiempo” era además la espera de un tiempo político apropiado. Así que esperé.

Cuando por fin conversamos por primera vez, en enero de 2013, fue expansivo y verborrágico. Explicó, entre otras cosas, su concepción política, forjada en una casa como la suya, en la que papá era Néstor y mamá era Cristina. Una casa en la que, según cuenta, las discusiones políticas transcurrían en la mesa, y las “síntesis superadoras” llegaban mucho después que el postre. Contó qué les pasa a él y a sus compañeros cuando arrecian los ataques mediáticos sobre ellos, y por qué responden tan pocas veces. Describió a La Cámpora como una organización “ni muy dogmática ni muy pragmática”, peronista pero abierta a las discusiones que abran las nuevas generaciones, con fuerte inserción barrial y con anclas en el pensamiento nacional y popular.

En aquel primer encuentro, Máximo habló muy relajado. Pidió dejar a un lado el formato de entrevista y tener simplemente una conversación. Fue larga, y cuando se apagó el grabador hubo un par de horas más de charla. Se mostró expansivo, quizá porque tantas veces optó por callarse. Hay mucho de su hermetismo que le viene de antes de que existiese La Cámpora. Solamente él sabe qué dimensión hay que aprender a darles a las propias palabras cuando se es el hijo de dos presidentes de la Nación.

La segunda entrevista se demoró, todavía, mucho más de lo que yo esperaba. Un año. Recién a principios de 2014 conversamos con Máximo otro largo rato, esta vez en su oficina de Río Gallegos. Lo encontré igual de delgado que la vez anterior, pero ahora, según dijo, ya no gracias a una dieta, que lo debilitaba, sino a la rutina de aparatos que hace en su casa. A propósito, vive en la misma casa en la que creció junto a sus padres, en un barrio que replica la austeridad de la ciudad. Ahora hicieron una ampliación porque con Rocío, su mujer, tuvieron a Néstor Iván. Como padre, dice, ha cambiado algún pañal, pero ése no es su fuerte. En estos primeros meses de vi-

da de su hijo, un bebé suave y muy sonriente, ayuda en todo lo que puede a su mujer. “En casa, soy soldado de Rocío”, se ríe.

Habían ocurrido, en esos largos meses transcurridos desde la primera entrevista, muchos acontecimientos que era necesario incluir de alguna manera en el libro para cerrarlo de cara a 2014. Habían transcurrido las elecciones de medio término, la Presidenta había sido inesperadamente intervenida en la cabeza después de una caída en Olivos, había habido un cambio de gabinete y un cambio en la comunicación de Gobierno que permitía a Cristina Fernández preservarse del desgaste cotidiano y poder trabajar las mismas horas que antes, pero en Olivos, y habían tenido lugar muchas evidentes operaciones de desestabilización, financieras, policiales, mediáticas. De todo eso faltaba hablar.

En la última entrevista ya estaba claro, por otra parte, lo que Máximo había deslizado un año antes y que se resumía en la última frase del libro que ya estaba escrito: “Esta porción de la Argentina, después de 2015, va a seguir exigiendo”. Es decir que La Cámpora y Unidos y Organizados, la herramienta política que la aglutina junto a otras organizaciones, responden a la conducción de Cristina Fernández de Kirchner no sólo como a la actual Presidenta, sino como a la máxima expresión del proyecto político que gobernó el país en los últimos diez años. Que son la fuerza propia de ese proyecto, los que lo acompañarán desde el oficialismo o desde la oposición. Que son, en suma, no apenas una organización juvenil de un gobierno en el poder, sino una nueva fuerza política integrada en su mayoría por jóvenes que hacen y seguirán haciendo política en los barrios y no en la televisión. “Confunden las cosas permanentemente”, dijo Máximo esa tarde de un frío que a mí me parecía rabioso pero al que los habitantes de Río Gallegos están acostumbrados incluso en verano. “Cuando nosotros hablamos de llevar adelante un proyecto político en el tiempo, ellos permanentemente confunden eso con los tiempos institucionales. No hablábamos de eso. Nunca hablamos de eso”, agregó Máximo, negando el cliché de “la perpetuación en el poder”. De lo que hablan, y de lo que primero Néstor

Kirchner y después la Presidenta les habló siempre a ellos, es de seguir militando, seguir formándose y de insistir en un ideario y en una acción política constante.

Terminado el libro, me quedo con la idea de que La Cámpora, la agrupación señalada por los grandes medios como un invento del poder, una bolsa de trabajo, un grupo de choque, un rejunte de vagos oportunistas, es una organización amasada largamente en el tiempo, cuyo origen se remonta a los principios del gobierno de Néstor Kirchner, y cuyo motor primigenio fue un pequeño grupo de militantes santacruceños. Hoy es liderada por una generación de dirigentes que no venían de sus casas sino de una extensa militancia en los barrios, los derechos humanos y las universidades. A ellos, que son los de treinta y pico, se les han sumado otras generaciones, los "hijos de la democracia", en sucesivas capas que arrancan en los estudiantes secundarios.

La Cámpora nació peronista pero abierta: la identidad kirchnerista se mueve, dialoga con su propia heterogeneidad. La agrupación recuperó, para sus integrantes, la mística que la política había perdido hacía décadas: a lo largo y ancho del país, cada sábado, junto con militantes de las otras agrupaciones que integran Unidos y Organizados, y abiertos a la comunidad, miles y miles de jóvenes emprenden tareas solidarias sin reparos en hacerlo, cuando cuadra, junto con otras agrupaciones de voluntarios, provenientes de otros partidos políticos, de la Iglesia o de algunas ONG. La patria, para todos esos jóvenes y adolescentes, es algo en el alma y algo concreto, a lo que se le brinda tiempo y trabajo. Más allá de ese eje vertebral, La Cámpora pone el acento en la permanente formación política de sus miembros, que conciben al Estado como un instrumento que debe ser eficaz para regular las fuerzas entre fuertes y débiles. La organización reivindica a Cristina Fernández de Kirchner como la conductora del proyecto político que comenzó en 2003, y se piensa como su fuerza propia.

SANDRA RUSSO

## 1

## Vélez. La Cámpora como articuladora

Son las dos de la tarde del 27 de abril de 2012. Estoy llegando al estadio de Vélez. Me costó. Tres taxistas se negaron a acercarme a Liniers, y el que aceptó me dejó a quince cuadras. Las calles están atestadas de micros que llegaron desde todo el país. Hay miles de pibes. Van con las banderas de sus organizaciones, de muchos colores, algunas de mucho despliegue, otras hechas a mano. Se escuchan acentos distintos. La mayoría de las personas que me rodean y caminan en el mismo sentido que yo por las veredas de Liniers son muy jóvenes. En otro contexto uno diría que son como los de las matinés bailables. Pero éstos van a Vélez, donde la Presidenta dará vuelta el protagonismo del acto cuando les diga, dentro de unas horas, en el punto nuclear de su discurso, que “los verdaderos custodios de este legado histórico no somos los que estamos en este escenario, que ya estamos viejos, sino ustedes. Ustedes son los que no van a permitir que se dé un paso atrás”.

De pronto, cuando voy caminando hacia Vélez, abriéndome paso en la marea de chicos y chicas que inundan las calles de Liniers, me doy cuenta de que es aquí por donde quiero empezar. Por este 27 de abril de 2012 en el que las cosas estarán más claras, porque hoy estos jóvenes que caminan a mi alrededor emergerán, explícitos, como la fuerza política del presente que se proyecta hacia el futuro. Hoy la Presidenta dirá claramente cuál es su estrategia política de cara a la organización y al tiempo, y los miles de jóvenes que llenarán Vélez lo entenderán. En los próximos meses, se constatará día a día cómo avanza ese armado —no sin dificultades, no sin contradicciones—, y cómo los grandes medios y la corporación política responderán a esa estrategia, que por otra parte no imita ni replica nin-

gún otro sector político: con un goteo ininterrumpido de línea editorial estigmatizadora de la militancia política juvenil, en lo amplio, y un hostigamiento cerril a La Cámpora, en lo concreto. Por si hiciera falta, hago la salvedad: una cosa es la crítica, y otra muy distinta es la justificación de los prejuicios y las operaciones de descrédito.

Con la muerte de Néstor Kirchner, en 2010, se produjo el segundo gran movimiento hacia la militancia de los más jóvenes. Si uno repasa las imágenes de aquella despedida multitudinaria al ex presidente, y ve en ella a Cristina Fernández inaugurando en esa misma escena su luto, puede quizá advertir un pacto colectivo, no conceptualizado todavía, sellado entre lágrimas y gritos. "Gracias Néstor. Fuerza Cristina." En esas dos oraciones estaba escrito lo que pasó hasta hoy.

Un año y medio después, en Liniers, casi todos los pibes llevan puestas las camisetas de sus agrupaciones, como si pertenecieran a diferentes clubes que practican un mismo deporte. Veo banderas de La Cámpora, el Movimiento Evita, la Tupac Amaru, el Frente Transversal, Miles, Kolina, Nuevo Encuentro, la JP Descamisados, el Peronismo Militante, la Martín Fierro y más. Mientras camino entre ellos pienso que aquí no hay marcas ni hay sponsors, y que tampoco hay aparato. Los grandes medios lo insinúan, pero hasta ellos lo saben: éste no es un acto clientelar. El clientelismo no provoca ni fervores ni sacrificios sino apenas los magros intercambios que los argentinos nos acostumbramos a presenciar entre el poder político y los sectores vulnerables. Aquí andan todos un poco enamorados de una idea de país.

Pienso, mientras me abro paso entre los grupos de manifestantes, que además estos jóvenes son muy distintos de los de hace diez años, los de 2001, cuando estalló todo. Que no son posmodernos ni yuppies ni emos ni góticos ni *fashion victims*, en fin, todas esas tribus juveniles que eran a lo sumo a lo que podía integrarse un joven cuando no había política y ese vacío lo ocupaban la indiferencia o el individualismo. Muchos de estos pibes vienen de sectores que, además, no entraban en ninguna de esas modas; la gran tribu de